

El Sr. Dr. Lozano, después de pintar con animación el ejercicio de la nobilísima profesión de la medicina, dice:

“Esa fama dilatada y esclarecida de muchos y grandes servicios prestados á los suyos ó la Patria, ó al género humano; esa gloria que el orador romano así la define, fué del todo bien merecida y en buena lid conquistada, por el Benemérito Dr. González,.....cuya vida preciosísima no fué otra cosa, que una ofrenda perpetua, una ovación constante de todas las riquezas intelectuales y materiales que poseía en favor de la humanidad, en bien del Estado y en honor de la Patria.....¡La gloriosa epopeya de su historia inmortal, que está al alcance de todos, excusa á nuestra pequeñez é incompetencia el detallar y pormenorizar sus nobles acciones!”

.....

“Hay personajes ilustres, ante los cuales es preciso que el mundo entero incline la frente: uno de ellos, no hay que dudarlo, es el modesto sabio, el egregio ciudadano, el insigne Doctor, el Benemérito José Eleuterio González. Hay hombres modelos, que son como apoteosis de la humanidad, pues se presentan al mundo como ejemplos palpitantes de magnanimidad y de virtud, sobresaliendo en todos sus actos con la más rara y con la más asombrosa caridad. Nuestro querido Dr. González ha sido ciertamente uno de esos portentosos é inolvidables modelos. En Nuevo-León no habrá crítico, ni aun el más acerbo, que pueda censurarle sus actos; ni envidia, por rastrera y pon-

zoñosa que sea, que pretenda ni alcance á empañar ó palidecer sus méritos.....La grandeza y mérito real del Dr. J. Eleuterio González están muy elevados.....nunca podrán alcanzarlos ni ofenderlos esa ú otras semejantes miserias.”

Concluye con el siguiente tiernísimo apóstrofe, que sirve de bello epílogo á la Oración:

“Sí, Mentor querido, Nuevo-León te honra y te bendice, y sus hijos te lloran: los médicos, tu familia especial de adopción, procurarán perpetuar tu existencia, siguiendo tus bellos ejemplos é imitando tus grandes virtudes.....Si cabe, padre querido, si es posible, venerado Maestro, que nos trasmitas como herencia ó nos legues á nosotros tus hijos esos tus riquísimos dones, dá á quien quieras tu vasta ciencia, que todo lo abarcaba, que todo lo comprendía y que sólo no conocía tu propio mérito.....! imparte con liberalidad á algunos de tus discípulos tu celo infatigable por la cultura y educación de la juventud.....¡deja á quien te parezca tu compasión para los pobres y tu decidida protección á los huérfanos.....! lega á otros tu tierna solicitud hácia los niños recién nacidos y en bien de las madres afligidas en el lecho de miseria; deja á otros tu acrisolado patriotismo y tu incomparable desinterés; pero léganos á todos, te lo ruego, tu grande amor á la humanidad y tu remarcable modestia.”

“Adiós, Maestro inolvidable. Tu nombre bendito será nuestra más grata memoria. Entre nuestros hombres ilustres, tú siempre se-

rás el primero; ningún nombre se guardará entre nosotros con tanta ternura, ni se pronunciará con tanto respeto, ni con mayor cariño, como tu nombre venerado, como ese tu simpático nombre de GONZALITOS.”

El Sr. Lic. Ramón Treviño tras de exordio, ligado con naturalidad con la proposición de llevar en nombre del H. Ayuntamiento de Monterrey una corona de siemprevivas, para depositar en la tumba del Dr. González, dijo:

“El, en medio de su proverbial modestia, pudo gozar de la infame satisfacción de presenciar su apoteosis, porque no pudieron contenerse los impulsos de un pueblo agradecido, justo admirador de sus relevantes méritos. Esto, y no otra cosa, fué la espontánea ovación que, no sólo Monterrey, sino el Estado de Nuevo-León en masa, le hicieron á fines del año de 1883, cuando vino curado de la vista, después de la difícil operación que sufrió en Nueva York.”

“El tuvo ocasión de apreciar entonces, cuánta era la estimación que se le tenía, y desde aquella misma época pudo juzgar ya cuál sería el sentimiento del Estado por su muerte.”

“¡Feliz el hombre que, al bajar á la tumba, y al descansar en su lecho de muerte, puede ver reunido en su derredor á todo un pueblo que lo bendice y aclama como su providencia!”

“Hacer el bien, durante la peregrinación que el hombre emprende sobre la tierra, debe ser, sin duda alguna, el mayor consuelo que pueda experimentarse, después de haber llena-

do esa misión sublime. Cuatro generaciones pueden dar testimonio, aquí entre nosotros, de que Gonzalitos, como el pueblo lo llamaba siempre, con afectuoso cariño, fué el consuelo del afligido, el sostén del débil y el bálsamo que curaba con eficacia las heridas abiertas por el infortunio ó por la fatalidad. Todos por esto lloramos su pérdida.”

Después de proponer, que se erija una estatua al venerable benefactor, cierra la Oración con este sentido apóstrofe:

“Gonzalitos: si desde la mansión de los justos, á donde tus virtudes te llevaron, puedes dirigir tu vista hácia nosotros, verás con satisfacción que tu pueblo tan querido llora tu ausencia, y que sigue bendiciendo tu memoria como á su bienhechor, y que ese pueblo no olvida, ni olvidará nunca que fuiste su ángel tutelar: que lo mismo subías al palacio del magnate, como bajabas á la humilde cabaña del infeliz proletario, para hacer el bien, y que fuiste la mano visible de la Providencia para remediar los infortunios del paciente. ¡Qué Dios te conceda el merecido galardón, y que tu ejemplo tenga entre nosotros imitadores.”

En la correcta y filosófica alocución del Sr. Lic. Gorostieta, léense trozos bellísimos en que las perífrasis y las imágenes concurren maravillosamente á dar novedad, energía y sentimiento:

Hé aquí la proposición del discurso:

“Profanación sería regar con llanto estéril de desaliento y duda la tumba del filósofo.

El espectáculo á que asistimos no es el sombrío y desolador espectáculo de la muerte, es la ceremonia augusta é imponente en que la razón humana consagra su inmortalidad."

"No venimos á cubrir con el polvo del sepulcro, con ese sudario de olvido, los restos de un hombre que fué; venimos á proclamar su nombre, á glorificar con nuestro sentimiento la memoria del sabio y del apóstol, á dirigir la última palabra á una vida que se consumió en el culto de la humanidad, y la primera evocación á una sombra querida, que seguirá enseñando el bien en la esfera misteriosa del recuerdo."

Después se lee:

"Nadie, Señores, ha encarnado entre nosotros, como el hombre que hoy baja á la tumba, esos ideales redentores, que el pensamiento humano concibe como el fin único de su destino glorioso: el bien y la ciencia. Y nadie, como él, ha podido armonizar en una vida, esa doble aspiración del alma, impregnando todos sus actos con la luz vivísima de la inteligencia y el dulce calor del sentimiento."

"Hombre apenas, abrazó con entusiasmo ardiente esa carrera de abnegación y sacrificios, en que se hace abstracción del bien propio, de la paz, de la fortuna, de la vida misma, para luchar, en angustia perpetua, contra las influencias deletereas, que azotan sin piedad la vida humana. Se hizo médico: el médico de los pobres y de los desvalidos, á quienes prodigó con caridad sin ejemplo, no sólo los

tesoros de su inteligencia, los frutos de sus vigiliias de sabio; sino los consuelos de su corazón, primicias valiosas de sus meditaciones de filósofo."

"Poco á poco, partiendo su vida entre la caridad y la enseñanza, entre el lecho de muerte del infeliz y el banco sórdido de pobrísima escuela, estudiando siempre, trabajando sin tregua, sacrificando á cada instante su vida, y sin preocuparse del nombre ó la fortuna, se puso en íntimo contacto con todos los elementos sociales: estudió sus infortunios, dividió sus amarguras, compartió sus placeres y sus esperanzas, se identificó con su suerte, y vino un día en que era, por el amor común, por la gratitud infinita de todos, *el padre de su pueblo.*"

"La juventud le debía un plantel de instrucción, en que la pobreza no era obstáculo para recibir, con la educación científica, el pan de la alma. Los pobres le debían un asilo de salud, donde se prodigaban á sus dolencias cuidados asiduos. El Estado le debía escuelas superiores, en que se formaban para el bien general hábiles maestros. La sociedad, las masas como familia, le eran deudoras de todas las fuentes de su civilización, de su bienestar y su progreso."

Y reasumiendo lo asentado en la confirmación, hay este trozo:

"Ha muerto; pero deja á los que viven su herencia de gloria. Tras del hombre se alza la memoria, personalidad intangible y misteriosa que, por privilegio concedido á las almas grandes, vivirá entre nosotros, confortando

nuestras debilidades con el recuerdo de su fé, y recibiendo de la gratitud, del amor incondicional de un pueblo, que le llamó padre, el culto que se debe á su abnegación, á su saber, á todas sus grandes virtudes.”

Opiniones tan respetables de personas, que ocupan lugares prominentes en las letras de Nuevo-León, y dichas ante un cadáver, augusto tribunal donde la verdad brilla con toda la nitidez que le da la justicia, que ha sido pregonada por la aclamación unánime de jóvenes y de ancianos, de hombres de todas las clases sociales; opiniones tan respetables, repito, vienen á confirmar el concepto, que he emitido acerca del Dr. González en las referencias de los diversos actos de su interesante vida. No han sido, pues, mis calificaciones de las cualidades del maestro, sino el eco de una opinión no solamente concebida, sino, por decirlo así, sentida por todos los contemporáneos. Hay acciones para las cuales tiene mejor criterio el corazón, que la inteligencia; y es que, aunque lo bello es calificado por el talento, lo bueno y lo sublime no pueden serlo sino por esa facultad del alma con que es sentida la virtud, y cuyos juicios se expresan con la emoción: la palabra es hielo en esas ocasiones.

Reproducir trozos de mi alocución sería tanto como calificarlos favorablemente yo mismo; permítaseme, por lo tanto, insertarla ín-

tegra, aunque le falte novedad, calor y sentimiento. Ella es, no obstante, el tributo del discípulo al maestro en bellas letras. En sus líneas encerré lágrimas, que ojalá no se evaporasen, para que fuesen el apropiado signo de una gratitud inefable y eterna.

La alocución es como sigue:

SEÑORES:—Del hombre, que en vida vió su apoteosis, no puede, no debe decirse que ha muerto, cuando su espíritu ha abandonado nuestro suelo. El no ha muerto; porque aquella glorificación, reflejada en sus mismos ojos, le hizo ver su porvenir, como enclavado en su presente; le mostró que, en el mañana de su vida, se alzaría el magnífico sol de su recuerdo limpio, esplendente, en el cielo que la gratitud de todo un pueblo ha extendido para colocar, en forma de astros, las benditas memorias de sus benefactores.

Y cábeme en verdad el noble orgullo de decirlo, y de decirlo en nombre del Ilustre Colegio de Abogados y de la Escuela de Jurisprudencia, porque, ¡cuántos de los que pertenecemos á tan respetables asociaciones, fuimos en nuestros primeros pasos en la instrucción secundaria, los menesterosos del pan de las letras; y el Gonzalitos del pueblo, el Gonzalitos, Mentor de la juventud, el abnegado médico así del cuerpo como del alma, presentó á nuestros espíritus el alimento intelectual, mostrándoles los amplios horizontes de la idea!

Yo, pues, aquí no puedo personificar sino la gratitud, y no tanto por el desinteresado